

CAPÍTULO III.

Misérias del hombre en el principio , y en la primera edad de su vida.

Si la vida humana es miserable , ¡quán miserables y horribles serán sus principios! No es justo que en ellos nos detengamos mucho , si no queremos huir llenos de horror y de compasión , después de haber atemorizado nuestra vista y emporcado nuestras ideas. Por poco que nos detengamos en considerar al hombre en el principio de su vida , tendremos que considerar un racional encerrado por nueve ó diez meses en la mas obscura y asquerosa cárcel que viéron los nacidos , y fiado á la guarda de un carcelero , que no pocas veces por divertirse , ocasiona y causa al preso los mayores males y la misma muerte. ¡Y qué diremos de aquellos carceleros infames y atroces , que agotan el ingenio y el arte , buscando todos los medios posibles para sofocar al desgraciado preso dentro de la prision? Este inhumano atentado , aun en medio del vicioso paganismo , mereció terribles castigos : ¡quáles no merecerá en el juicio de legisladores virtuosos : y cuáles en el de los que profesan la religion christiana , segun la qual sabemos que el hombre , si muere en el seno materno , á la privacion de la breve vida temporal añade la de la vida eterna?

La grande miseria en que está el hombre , mientras vive encerrado en el seno materno , nos llama á considerar y reconocer una de aquellas providencias adorables , que miramos como efectos de la bondad de nuestro Dios para con los hombres. Hallo esta providencia en haber dispuesto el Criador , que el

hombre

hombre , aunque perfectamente racional , segun su espíritu , desde el primer momento de la creacion de este , con todo eso en los primeros meses y años de su vida no pueda conocerse á sí , ni el estado infeliz en que está. Ha dispuesto el Señor , que nuestra alma , mientras está en el cuerpo que anima , sin alguna dependencia de este no haga aun aquellas funciones que , separada de él , necesariamente hace : y porque el cuerpo tarda en formarse y perfeccionarse , de aquí es , que el alma , que es por sí misma capaz de hacer sus funciones espirituales desde el primer instante de su creacion , no las exercita por la imperfeccion del cuerpo , de quien depende mientras le anima. Esta disposicion es no ménos prodigiosa que admirable : pues si el hombre , luego que es concebido , conociera su estado infeliz , su asquerosa prision , y la vida miserable que le espera , moriria de afliccion y congoja. Y si estas pasiones no llegaran á quitarle la vida , él desde luego empezaria á deshacerse en lágrimas , sin esperanza alguna de interrumpir sus sollozos , mientras viviese en este valle de miserias. Mas el Señor , que destinó el hombre para tales principios y trabajos en esta vida mortal , no le permitió sabiamente , que los conociese hasta que tuviese robustez para sufrirlos con el mérito debido á su paciencia. En esto mismo puede el hombre conocer la grandeza de su miseria : pues el mayor bien que la bondad divina le hace , es que no la puede conocer. El hombre llega á conocerla , quando tiene robustez para sufrirla , y puede merecer eterna felicidad con su sufrimiento.

Llega la hora en que el hombre está para salir de su obscura prision á la luz comun. ¡Qué se observa entónces? ¡Qué fiestas y alegrías por el nacimiento del hombre! Los príncipes y grandes señores , mos-

tra-

trando júbilo, esperan por instantes ver el nacimiento de sus hijos, y principalmente de los primogénitos, el qual celebran y hacen celebrar con regocijos públicos: hasta en las mas humildes chozas de la gente mas pobre, resuena la alegría precursora del apareamiento de sus hijos. "Los hombres, dice Plutarco en su tratado del amor de los padres á los hijos, muestran regocijos en el nacimiento de estos: ¿lo hacen acaso por la escasez de herederos? Ciertamente no: pues Danao tuvo cincuenta hijas; y si no hubiera tenido ningun descendiente, hubiera tenido mayor número de herederos. Los hijos no se juzgan obligados al padre, ni le reverencian por razon de la herencia, como si esta les tocase por derecho: y los hombres, si no tienen herederos naturales, son mas estimados y respetados; por lo que un poeta cantó bien, diciendo: *mucho puede el rico que no tiene herederos.* ¿Por ventura, vuelve á preguntar Plutarco, los hombres rebosan de alegría al nacer sus hijos, porque estos les sustentarán y darán reposo sepulcral? Esto es cosa digna de risa: pues es muy incierta la esperanza de los padres; y es cierto lo que avisa Eveno, diciendo: *el hijo siempre es causa de dolor al padre.*" Los hombres pues, con su alegría y regocijo al nacer sus hijos, demuestran un bien que no existe: ellos son engañadores, y se engañan á sí mismos: consultemos á la naturaleza para que nos diga su parecer: esta á ninguno engaña, porque no sabe hablar sino las leyes que el Hacedor supremo le intimó al criarla. ¿Qué señales pues, de fiesta y de regocijo se ven en la naturaleza al aparecer el hombre á la vista mortal? Las señales son las siguientes. Antes de llegar la hora de nacer el hombre, la madre empieza á sentir dolores, desmayos, y un contraste tal, que se

crece capaz de arruinar al que ha de nacer, y á la que le ha de dar á luz. La naturaleza de la madre se resiente toda, se estremece y se deshace en dolorosos gritos: estos crecen mas y mas á proporcion que se acerca la hora del parto: llegada esta, ved de una parte á la dolorosa parturiente que entre ayes y deliquios empieza á faltar, y queda como insensible: y esta insensibilidad hace mayor su desgracia y la del que ha de nacer. Ved de otra parte á los circunstantes que, esperando que venga á vida comun el que ha de nacer, temen á cada instante la muerte de este, y de la que le ha de dar á luz. Esto suele suceder aun en aquellos partos que, por ser momentáneo el peligro, se llaman felices: ¿qué sucederá en tantos otros revesados y monstruosos en que se pasan horas y dias entre agudos y frecuentes dolores? Quien por la primera vez viera esta viva tragedia del parto, sin saber que ella era prenuncia del nacimiento del hombre, no debería persuadirse á que estos tristes aparatos se dirigiesen á echar el hombre al mundo; ántes bien por lo contrario juzgaria, que se dirigian á quitar de nuestra vista algun monstruo que rehusaba admitir en su seno la naturaleza.

Sale finalmente á luz el hombre. Aquí deseo yo no los regocijos y fiestas públicas, sino solamente la mas humilde accion de gracias al Señor por haber librado al hombre de tantos peligros de perecer ántes de aparecer á nuestra vista: no porque su vida temporal haya de ser feliz, ántes bien trabajosa y miserable; sino porque estos trabajos y miserias, que serán poco durables, le pueden grangear felicidad incomparable y eterna. Sale á luz el hombre, vuelvo á decir; ¿mas cómo se nos presenta? Envuelto en la mas asquerosa cubierta, de la

que despojado, aparece desnudo, trémulo, lloroso y menesteroso de todo. Estas son las galas y adornos con que el nuevo hombre se presenta la primera vez á nuestra vista. Estos son los actos de alegría y regocijo que hace al nacer. Para grandísimas miserias y trabajos nace, quien así nace. ¡Felicidad del hombre el no conocerlos! Yo no dudo, que si el hombre, al ver la luz con los ojos del cuerpo, viera con los de su espíritu el mundo en que ya ha entrado, exclamaria con el santo Job, diciendo (1): "¿por qué, Señor, me habeis librado de la prision en que estaba? ¡Ojalá yo hubiera desaparecido ántes que llegara la hora, en que hombre mortal me pudiera ver! Entonces yo sería, como si no hubiera sido." Así tambien un filósofo profano, despues de haber considerado las miserias del hombre, dixo (2): *multi extitere, qui non nasci optimum censerent, aut quam occissimè aboleri.*

Hemos visto nacer al hombre en desnudez y en necesidad de todo. Para que conozcamos bien esta miseria, demos una ojeada á la naturaleza, y veamos como nacen los animales. Miremos la tierra, el ayre, las aguas; y observemos peces, aves y demas animales, y veremos, que todos estos nacen vestidos y calzados, con lanas, pelos, plumas, escamas y conchas. Este es el obrar de la naturaleza sensible; y en la insensible vegetable hallaremos, que las plantas todas aparecen vestidas, y cubiertas de

una,

(1) Quare de vulva eduxisti me? Qui utinam consumptus essem, ne oculus me videret. Fuissem, quasi non essem de utero translatus ad tumulum. Job, 10. 18.

(2) Plinii secundi naturalis historie liber vii. proœmium.

una, dos y mas córtezas que las defiendan. Solamente el hombre en el mundo nace desnudo. Mas en esto debemos reconocer, que la providencia divina nos dice claramente, que el hombre solo nace desnudo, á distincion de todos los animales, porque es el señor de ellos. Nace desnudo el hombre, porque el Señor en las plantas, y en los animales criados para su servicio, le presenta materia y artífices de su vestido, y le dota de razon para servirse de ellos. Si el hombre naciera cubierto como las plantas, y vestido como los animales, inútil le sería la creacion de las plantas, y animales, de que se sirve para cubrirse y vestirse. Reconozcamos por admirable en todas sus obras á la providencia divina: la reconoció aun la profana filosofia en nacer el hombre desnudo y desarmado. "Algunos animales, dice Plutarco en su tratado de la fortuna, en lugar de armas tienen cuernos, puntas y dientes, y otros nacen vestidos de escamas, pieles &c.: solamente el hombre, como decia Platon, nace desarmado, descalzo y desnudo, contentándose la naturaleza con darle una cosa, que por todas las demas puede suplir; y esta es la razon, con la que al hombre hace superior y señor de los animales."

El hombre, despues de haber nacido, nada sabe hacer por si solo sino es llorar. De todo necesita, y nada sabe buscar: y he aquí, segun el órden de la naturaleza, determinada la dependencia del hijo al padre. Los animales luego que nacen, saben industriarse para buscar lo que necesitan. Unos nadan, otros vuelan, otros caminan, y otros andan arrastrando. Por sí mismos hacen estos y otros ejercicios sin mas director que la misma naturaleza. Mas en esto debemos conocer una adorable providencia de parte de nuestro Dios, y de parte del hombre una

prueba de su dignidad y excelencia. Lo que mucho vale, mucho cuesta á la naturaleza. Esta en su obrar, segun las leyes admirables del supremo Criador, nos dice la diferencia de perfeccion que hay en sus producciones de vivientes vegetables y sensibles; y nos dice el destino de estos, segun el qual á la naturaleza toca ser su maestra, y presentarlos al hombre instruidos: pues si así no los presentara, ¿cómo podrían subsistir y propagarse? ¿quándo y cómo el hombre se podría servir de ellos? El hombre en órden á su gobierno no depende de la naturaleza, sino de su razon y de la instruccion. El hombre, dice Sócrates, no es bueno por naturaleza, sino por la instruccion.

No debía pues, el hombre desde sus primeros meses ni años, estar en estado de independéncia de sus padres y mayores, pues nació con obligacion natural de mantenerse en sujecion y compañía de ellos; y esto no tendria efecto, si desde luego él pudiera manejarse como las bestias. Antes que en el hombre aparezca perfecta la razon, es incapaz de buscar lo que le es necesario para vivir: en todo debe ser asistido y socorrido. Ved aquí su natural dependencia. Aparece la razon quando ya por sí mismo empieza á poderse manejar, y la misma razon le dicta continuar en la dependencia que desde entónces podremos llamar no ménos natural que racional. Con estos medios suaves el hombre se cria, y crece adquiriendo fuerza en el cuerpo, y luces en el espíritu. Las bestias nacen únicamente para el servicio del hombre: por esto solamente dependen de aquellas que las engendraron, el tiempo preciso que la naturaleza pide ó necesita para proporcionarlas á su fin. El hombre nació para servir á Dios segun el dictámen de la razon, y segun las leyes que el mismo Señor se ha dignado intimarle: nació

ció para vivir en sociedad fraternal de sus próximos, y en dependencia de sus superiores; por esto debía ser tal su condicion, que desde luego fuese naturalmente dependiente, y pudiese ser instruido en los principios de la razon mas esclarecida, y de la religion santa en órden á su Dios, y á su próximo.

La necesidad de la instruccion en el hombre para que sea virtuoso, juzgó Sócrates ser indispensable; por lo que, como ántes noté, dixo (1): *no siendo buenos de ninguna manera los hombres por naturaleza, lo serán por medio de la instruccion. Esto parece ser cosa necesaria.* Despues Sócrates prueba que la virtud es ciencia, y por ser ciencia se adquiere con la instruccion. No dexo de advertir aquí que Sócrates, al decir que los hombres de ninguna manera eran buenos por naturaleza, en esta con su razon natural descubrió la lesion ó inclinacion de su mala concupiscencia, que segun la revelacion sabemos haber sido causada por el pecado original; y esta misma lesion advirtieron Ciceron (2) y Apuleyo (3) darse en la naturaleza del

(1) Platon en sus obras citadas: Diálogo: *Meno, seu de virtute*: p. 16. col. 1.

(2) Cicero: *Tusculanar. questionum liber 3.* "Si tales nos natura genuisset, &c?" Se citó este texto en el libro IV de esta historia, parte 2. capit. 1. §. 1.

(3) L. Apuleii Madaurensis Platonici opera. Ex bibliopoli Frobeniano, 1606. 12. *Philosophia moralis. Liber 2. p. 24.* "Hominem ab stirpe ipsa neque absolutè bonum, nec malum nasci, sed ad utrumque proclive ingenium ejus esse; habereque quidem samina quædam utrorumque rerum cum nascendi origine copulata, quæ educationis disciplina in partem alteram debent emicari: docturosque puerorum nihil antiquius curare oportet, quam ut sint amatores virtutum." Si Rousseau, que á la educacion atribuye todo el influxo en lo moral, hubiera leído la doctrina

hombre. Este pues, necesita ser instruido para ser bueno; y si el Criador no le hubiera sujetado por las leyes de la infancia á la dependencia é instruccion, nunca ó rara vez seria bueno. Si suponemos que en un infante de un mes, fuera la razon tan perfecta como en la edad de veinte años, y que al mismo tiempo no tuviera necesidad de dependencia para vivir, este infante obraria mas segun las pasiones, que segun la razon, que prontamente se ofuscaria con ellas, y resistiria á la instruccion, medio necesario para asegurar la adquisicion de la virtud. Así pues, admirable es, útil y necesaria para el verdadero bien y felicidad del hombre, la disposicion ó providencia con que el Criador distinguió á este de los animales, haciéndole en su primera edad dependiente en lo físico y moral de quienes podían y debían ser sus maestros.

Volvamos al hombre recientemente nacido. Ya le tenemos en nuestra compañía. ¿Mas qué aprecio hacen los hombres del nuevo compañero? Si nace en casa, que por ser rica, el mundo llama afortunada, suele luego ser desterrado de ella. Una fiera no sabe perder de vista á sus hijuelos, ni apartarse de ellos, y el hombre abandona á los suyos luego que los ha visto nacidos; los echa de su vista, y aun de su casa, porque le es cosa molesta hasta oír su voz. Ved aquí dos miserias grandes, una en el que nace, y otra en los que engendraron al nacido: en este, porque habiéndole Dios hecho la gracia de nacer en casa rica, y de personas que por su condicion debían por

de Platon en Apuleyo, este le hubiera enseñado la causa primitiva del influxo, y efecto de la educacion que Rousseau, aunque christiano, ignoró, ó fingió ignorar.

por sí mismas criarle temporal y espiritualmente con el mayor esmero, y mejor efecto; se valen de sus riquezas para alejarle de su vista, y aun de su casa, manteniéndole fuera de ella, ó para comprar la asistencia y fatiga de una ama de leche, que en la propia casa haga el oficio de madre: así el recién nacido es tratado como si fuera un espúrio, condenado á no gozar de la tierna asistencia de sus padres, y á padecer en poder de personas extrañas aquellos males que sufren los huérfanos mas pobres. Vemos tambien una gran miseria en los padres, los quales, habiendo logrado la gracia de la sucesion que tanto deseaban, se despojan de aquellos naturales impulsos que todo racional siente, para agradecer y corresponder á un favor tan singular que les ha concedido la bondad divina; y abandonando á personas extrañas el cuidado total de sus hijos, exponen la salud y la vida de estos á continuos peligros, como enseña la experiencia fatal para los ricos.

No hablaré aquí, por no hacer que se estremezca la humanidad, de la bárbara impiedad de aquellas naciones de la Guinea, que á vil precio venden por esclavos sus hijos recién nacidos: ménos podré hablar de la fiera inhumanidad de los chinos, y de otras naciones que pasan por civiles, las quales abandonan sus hijos, los ponen en muladares, y aun los matan para librarse del peso y obligacion de mantenerlos: ¿Quién creyera ni esperara ver entre los hombres efectos tales de fiereza, que jamas se verán en las selvas? ¡Ah ceguedad humana, á cuánto llegas, cuánto te dexas arrastrar de las pasiones! "Mirad, ó hombres, nos dice el Señor (1), mirad las aves del cielo, que sin

"sem-

(1) Matth. 6. 26. Respicite volatilia coeli, quoniam non serunt, neque metunt, neque congregant in horrea: et Pater ves-

ter

» sembrar ni recoger cosechas, estan abundantemente
 » mantenidas por vuestro Padre celestial. Si pensais en
 » el vestido: ¿no veis las plantas todas hermosamente
 » cubiertas y defendidas? Por ventura, ¿no sois vosotros
 » superiores en todo á los animales y plantas? ¿Cómo
 » pues, ó ciegos, podeis temer que os falte lo que la
 » benignidad del Padre celestial dispensa con tanta
 » abundancia á las criaturas que estan destinadas para
 » vuestro servicio?» Para hacer estas justas reflexiones
 la sola razon natural bastaria, y ella las inspiraria presentándolas á la vista de la mente con la luz mas clara, si á esta no obscurecieran las tinieblas de las pasiones viciosas en el hombre. Este en medio de tales tinieblas vive como pagano, ignorante de la providencia de nuestro Dios en favor de la subsistencia de los hombres, y por tanto no piensa sino en alimentarse y cubrirse; mas el hombre ilustrado con la doctrina celestial, no debe pensar (1) como el pagano, porque sabe que el Criador cuida mas de los hombres que de las plantas y bestias, y que á estas alimenta y cubre.

Despues de haber contemplado las miserias que el recién nacido padece por la inhumanidad de sus padres, fixemos momentáneamente nuestra contemplacion en algunas de aquellas muchas que le son anexas, como gajes necesarios de nuestra naturaleza. El recién nacido está entre nosotros, y vive en nuestra compañía: ¿mas qué bien recibimos de nuestro compañero en los

ter celestis pascit illa. Non ne vos magis pluris estis illis? . . . Considerate illa agri, quomodo crescunt; non laborant, neque nent. Dico autem vobis, quoniam nec Salomon in omni gloria sua cooperatus est, sicut unum ex istis.

(1) Matth. 6. 3. Nolite ergo solliciti esse dicentes, quid manducabimus aut quid bibemus? aut quod operiemur? Hæc enim omnia gentes inquirent.

los principios de su vida? El es miembro de la sociedad: ¿qué figura hace en esta? El mayor bien para el recién nacido, y para los que le asisten, y la mejor figura que él hace en la sociedad, consiste en que casi siempre duerma: de este modo él y los que le cuidan se libran de muchas incomodidades que experimentan quando está despierto. Así el sueño, imágen de la muerte, y efecto de la miseria humana, es el mayor bien para el miserable nacido, y para los que en su nacimiento tanto se alegran con su nueva compañía. Feliz fuera el hombre si pudiera pasar toda su vida durmiendo; porque el sueño, aunque cosa miserable, le libraria de horribles miserias que le acometen con furor desde el primer momento de su vida, y con esta crecen hasta privarle de ella con la muerte, que injustamente se llama miseria de miserias, porque es fin de estas. La vida humana no es otra cosa sino una navegacion miserable, en que apenas el espíritu da á la vela la barca del cuerpo, quando empieza la borrasca que nunca calma; ántes bien siempre crece mas y mas su furor, á proporcion que crece la vida del hombre. Sigamos el curso de esta.

CAPÍTULO IV.

Misericordias del hombre en el curso de su vida.

Crece el hombre, y los males no menguan; ántes bien á cada momento crecen los peligros, los desastres y las desgracias. Crecen las enfermedades del cuerpo, y crecen las pasiones del ánimo. Crecen los peligros por todas partes: peligros en el agua, peligros en la tierra, peligros en la poblacion, y peligros en el desierto; peligros en los falsos amigos, y peligros en los extraños; peligros dentro del hombre, y peligros en todo lo que está fuera del hombre, y peligros en los mismos peligros.

Para considerar de una vez tantos peligros, demos un salto en la vida humana, y contemplémosla en el estado ó edad, en que los hombres, empezando á hacer figura en la sociedad civil, aparecen en el mar que llamamos del gran mundo. A este mar, que es el océano de toda la humanidad, van llegando sucesivamente todos los hombres con las barcas que ellos mismos se fabricaron, y que gobernarán como pilotos, con la dirección ó norte de la razon, para llegar á salvamento, ó con el influxo de viciosas y desenfrenadas pasiones para naufragar. Todos los hombres buenos y malos se embarcan con el mismo fin, que es de lograr la felicidad, que todos ellos por impulso innato necesariamente desean y esperan: mas la logran pocos. La logran aquellos navegantes que miran á la navegacion como medio para lograrla, despues de haberse desembarcado felizmente: y consiguientemente no la pueden lograr los navegantes que la buscan, ó piensan hallarla en la navegacion. Estos, léjos de lle-

gar á salvamento, naufragan despues de haber buscado en vano, y con inmenso afan y fatiga, una felicidad que no existia sino en su preocupacion, y en sus pasiones. Observemos la navegacion de estas dos clases de navegantes en su vida mortal.

Las diversas edades, clases y ocupaciones de los hombres, son como otros tantos torrentes, arroyos y rios, que en el mar siempre borrascoso de su vida mortal, con sus aguas vomitan á cada momento innumerables flotas de navegantes. Estas se componen de barcas, no ménos diferentes por la hechura de su autor, que por el rumbo de ellas, y por la pericia ó ignorancia del piloto que las dirige. Unas barcas se encaminan al alto mar, procurando siempre perder de vista la tierra. Otras barcas, que regularmente son poquíssimas, procuran ir siempre cerca de las costas, por no perder de vista la tierra en que han de desembarcar, y por sentir ménos el furor de las olas que quiebran ó desaparecen en las orillas.

Estos navegantes van con barcas pequeñas, cuya construccion suele ser tanto mas fuerte, quanto es ménos hermosa. Van solos, porque temen encontrar escollos en las mismas barcas que les acompañen. Huyen siempre de engolfarse en alta mar, ya porque en esta solamente se hallan los bancos, baxios y demas peligros de naufragio; y ya porque no quieren perder de vista la tierra, en que han de hacer un feliz desembarco. En una palabra, estos navegantes son aquellos hombres que, conociendo lo inquieto y borrascoso del mar de este mundo, jamas se engolfan en él para no perecer: sino ántes bien van siempre costeaudo para desembarcar en el primer puerto de salvacion que descubran, y les prepare la divina providencia; y acabar quanto ántes la peligrosa navegacion de su vida mortal. Estos se embarcáron con no-

ticia y deseo de la brevedad de su navegacion; y saben que esta es siempre peligrosa, y que solamente despues de haberla hecho sin naufragar, podrán ser ciertamente felices.

Por esto hacen centinela de día y noche sobre su pequeña barea: estan en un continuo afan por su cuidado y gobierno. Miran siempre al cielo, para no perder de vista el norte que les dirija; y siempre tienen en la mano la carta ó libro que les enseña y muestra el rumbo seguro para llegar sin error ni extravio al puerto de salvacion. No piensan sino en salvarse de un mar tan peligroso á costa de todo cuidado, atencion, vigilia y trabajos. El ocio, el pasatiempo, la diversion, y todos los demas vicios, que entorpecen ó embriagan la razon y el oterpo, no se hallan, ni se conocen en estas bárcas: pues sus sabios pilotos, y bien disciplinada marinera, saben muy bien que un vayven, un sopló de un mal viento, una ola es capaz de echar á pique en un momento, y quando ménos se piense, sus bárcas. El cielo no pocas veces se muestra propicio á estos solitarios navegantes: así muchas veces les concede milagrosamente la calma; y si tal vez les permite alguna fuerte borrasca, es solo para enseñarles á estar siempre en vela, y no para asustarlos. De aquí proviene que estos navegantes, ciertos y seguros de la asistencia celeste, y de que no pueden naufragar mientras vivan en continua centinela, y en atencion al norte que los dirige, y á la escritura que les muestra el seguro rumbo, navegan con tranquilidad en medio de las borrascas, con seguridad en medio de los peligros, y con esperanza cierta de llegar á puerto de salvacion, en donde encontrarán el premio de sus trabajos y afanes.

Hemos contemplado brevemente las barcas pequeñas de aquellos atentos y sabios navegantes que,

conociendo bien el mar que navegan, van con humildad y paciencia costeano sus playas para sentir ménos la fuerza de sus borrascas, y poder tomar tierra sin peligro de naufragio. Contemplemos ahora, con la misma brevedad, las barcas de otra especie de navegantes que, alejándose de la tierra, se engolfan mas y mas para perderla de vista, y no volverla á ver jamas. Estos navegantes, bien diferentes de los primeros, entran sulcando el mar con la misma soberbia con que se ve triunfar sobre las aguas una armada de navios de alto bordo, respecto de unas humildes barcas de pescadores. Fixan solo su atencion y vista en aquellos golfos mayores que descubren; porque juzgan que, quanto mas engolfados esten, navegarán ménos asustados, y mas seguros de no dar en tierra, cuyo solo nombre les asusta como la muerte. Saben que navegan en un mar inquieto y en leños frágiles; no obstante, se persuaden que su navegacion será feliz y eterna. Para ocultar la fragilidad y podredumbre de los leños, pintan y doran sus baxeles. Se quieren engañar á sí mismos con el embuste y ficcion. *Mendacio fallimur*, decia con razon un filósofo (1), *scimus enim sub illo auro fada ligna latitare*. A la verdad, estos navegantes aman y aborrecen el engaño. Le aman, porque quisieran ser engañados, creyendo firme como el oro el baxel, que saben ser frágil como una paja. Le aborrecen; porque no pudiendo borrar de la memoria la gran fragilidad de sus leños, que el oro oculta á su vista corporal, se desesperan interiormente por los mayores y mas ciertos peligros de

iq sua: zulle les un pello nstovet se, esto zaro nau-
to nozavels alzados are sup pndreozoz on, pndi-
9. nozavels alzados are sup pndreozoz on, pndi-
9. nozavels alzados are sup pndreozoz on, pndi-

om (1) Séneca, epíst. 115. nozavels alzados are sup pndreozoz on, pndi-
-02

naufregar en que los metió el engaño, que adoptaron como verdadero, y siempre conociéron como falso. Aman y aborrecen la navegacion: la aman, porque la creen pacífica y segura: y la aborrecen, porque la experimentan turbulenta y peligrosa: la aman, porque se la figuran eterna, como quisieran que ella fuese; y se desesperan, porque no solo no lo es, sino que dura poquísimo, dando fin á la única felicidad que esperan gozar.

Amor desenfrenado de una felicidad, que siempre se desea y nunca se goza, y odio desesperado por la privacion de un bien que se busca y nunca se encuentra, son los vientos con que navegan estos navegantes infelices. Ellos desean y aman siempre lo que nunca llegarán á conseguir: y aborrecen lo que únicamente saben hallar. La esperanza de hallar la falsa felicidad que buscan, no es en ellos virtud, sino gran vicio; mas, es la áncora con que sujetan y mantienen algun tiempo sus barcas para que no vayan á pique ántes que las olas las sumerjan: y no pocas veces vemos que algunos de éstos navegantes por desesperacion naufraguen incendiando ó sumergiendo sus barcas. Ellos, no obstante estas y otras miserias innumerables que acompañan á su navegacion, viven en esta sin pensar ni creer que fuera de ella pueden hallar felicidad alguna: y esta la ponen en hacerse mutuamente mal, ó en procurar que todos sean mas y mas infelices. Observemos algunas barcas de estos navegantes para conocer prácticamente su mútuo empeño en hacerse infelices.

He allí algunas barcas que, empujadas por las orgullosas olas, se levantan hasta las estrellas: sus pilotos, no conociendo que esta soberbia elevacion es terrible efecto de la fiera borrasca, engañosamente se persuaden que sus barcas, con levantarse tanto

bre las olas, triunfan de los profundos senos que ven en el mar, y de las borrascas que en ellos se abisman y perecen. Se creen tanto mas léjos del naufragio, quanto, viéndose elevadísimos, juzgan distar mas de los profundos abismos; y no conocen que las olas levantan tanto sus barcas, para que con mayor y mas precipitada caída sea mas cierto su naufragio, como cantó el Poeta, diciendo (1):

*Fam non ad culmina rerum
Injustos crevisse queror: tolluntur in altura
Ut lapsu majore ruant.*

La altura de las barcas de estos navegantes es tan momentánea, como es poco duradera la hinchazon de las olas que las levantan: por tanto, apénas levantan, caen luego; y abatidas hasta el fondo, casi tocan sus arenas. Este abatimiento inquieta á los pilotos, mas no les hace desesperar: acuden en este caso á la áncora de la esperanza, que se funda en la engañosa lisonja de que á sus barcas pueda suceder, como acaece tal vez á otras que, estando ya en las fauces del profundo abismo, vuelven á verse triunfantes y sublimes sobre las mas altas olas. Así de estos inconsiderados navegantes se verifica lo que un filósofo dixo de la obstinacion de los malvados. «Las desgracias», dice, punzan á los hombres malos, mas no les sirven de instruccion; porque la justicia casi por casualidad, como decia Eurípides, cae sobre ellos: los que creyendo ser sus desastres mas efecto de la casualidad ó fortuna, que avisos ó castigos de la pro-
»vi-

(1) Claudianus in Rufin. lib. 1.

»videncia, juzgan que tales desastres les vienen, no para su enmienda ó desengaño, sino para algun otro fin (1).»

Se dan no pocos exemplos de navegantes, que con las desgracias de sus compañeros aprendan á conocer los peligros del mar que surcan; y con este conocimiento procuran huir de los tempestuosos golfos, y dirigir atentísimamente su barca para llegar á salvamento: mas la mayor parte de los navegantes con las desgracias se hacen ménos temerosos de los peligros, y mas intrépidos para continuar su navegacion por los mas procelosos golfos. Algunos de estos navegantes, despreciando las desgracias, como efectos naturales del mar, atienden solamente á los placeres que pueden borrar el temor, y aun el conocimiento de los desastres: y á estos conviene lo que el citado filósofo dixo de los impíos así: «Estos, como detenidos forzosamente en una prision, de donde ni esperan za hay de salir, se dan á los placeres y diversiones, como los que estando en las cárceles con el lazo á la garganta, se distraen con el juego.» Otros navegantes, viendo que despues de su caída se levantan otras barcas, que se habian casi sepultado en el abismo, atribuyen sus desgracias, no á la borrasca, sino á la elevacion de las barcas compañeras, que nuevamente se han levantado; y por esto entre los pilotos de las barcas abatidas y levantadas nacen la emulacion, los celos, la envidia y las venganzas mútuas, con que la navegacion se hace mas infeliz, y crecen demasíadamente sus desastres y desgracias.

Hay barcas de navegantes guerreros y de navegantes.

(1) Plutarco en el tratado del tardío castigo de Dios.

gantes piratas, cuyo carácter no se puede considerar sin que se estremezca la humanidad. De estos navegantes, los que se llaman mas humanos, son cruelísimos; pues hacen fuego, y aun echan á pique á las barcas amigas que encuentran, porque no respetaron su leño, porque no saludaron su bandera, ó porque surcan mares, que ellos dicen ser suyos propios. Si esto hacen con las barcas de los que ellos llaman sus amigos, ¿qué harán con las de aquellos á quienes reconocen y tratan como enemigos? Los hombres por tierra y mar se hacen mas daño, que les pueden hacer las bestias mas fieras. La ferocidad de un leon no se enfurece contra otro leon: el oso europeo admite gustosamente en su compañía al oso africano: las abejas de un enxambre dan asilo á las perdidas ó separadas de otro enxambre: únicamente el hombre es el que no solo niega el asilo en su familia y nacion á los de otra, sino que los persigue: se convierte en furias contra todos los individuos de su especie, mirándolos como á sus mayores enemigos. Un navegante pirata ó guerrero es un exterminador de su especie ó del linage humano, contra el qual exercita todo género de crueldades. Apartemos de las barcas de estos fieros navegantes nuestra consideracion por no horrorizarlos con la mas sangrienta y horrible escena. Nuestra consideracion debe ser como la vista y el oido en el teatro, en que se refiere lo horrendo que fuera de él sucede, y solamente se da ligero indicio visible de lo sucedido. Según esta máxima de humanidad, consideremos las barcas, no de piratas, ni de guerreros enemigos, sino de falsos amigos. Las barcas de estos, quando se encuentran, se hacen políticamente la salva á sus respectivas banderas: mas con este pretexto, se hacen tambien el mas vivo fuego para echarse á pique. Por

esto sucede , que algunas barcas perecen en el acto y tiempo de hacerseles salva por otras falsamente amigas. No pocas veces se ve , que al sumergirse algunas barcas , vuelan otras como para precipitarse hasta lo mas profundo en ayuda de las sumergidas : mas en realidad , no vuelan , sino para impedir que las sumergidas puedan volver á levantarse. No pocas barcas se ven de pilotos los mas maliciosamente astutos , que viendo á otras que siguen su rumbo , ó que se fian de su pericia , tuercen el timon á el sitio en que juzgan cierto el naufragio de los incautos que con sus barcas les siguen. Hay tambien barcas de navegantes , que fingiendo deseo de salvar de escollos á otras barcas , les envian pilotos prácticos , en apariencia , para que las libren de ellos , y en realidad , para que las hagan naufragar.

Hasta aquí hemos considerado las barcas de varias clases de navegantes , segun se han presentado casualmente á nuestra observacion : observemos ahora con particular cuidado algunas barcas de aquellos navegantes , que se llaman señores grandes del mar. Estas barcas deberán llamarse bastimentos , porque son grandes : á su grandeza corresponde el arte , que en fabricarlas se tuvo para engañar. He allí un gran bastimento , que por estar dorado encubre y esconde á la vista lo carcomido de sus maderas : en la construccion de este bastimento se atendió mas á su apariencia que á su fortaleza : se fabricó , como para surcar un mar siempre en calma , y surca siempre mares que no conocen , ni conocerán la tranquilidad. La consistencia de este bastimento se puede comparar con la fragilidad de un papel ; pues lo que basta para romper á este , muchas veces desune y despedaza sus maderas. La causa principal de tan gran fragilidad en este y otros bastimentos semejan-

tes , proviene de la calidad de sus maderas (las quales en gran parte son miserables destrozos de pequeñas barcas deshechas ó sumergidas) , y de la demasiada grandeza , que se les ha dado para que hagan mayor figura. Estos bastimentos son como la luna que no tiene estabilidad alguna , antes continuamente crece ó mengua. Unos bastimentos se ven crecer y engrandecerse por instantes , con la misma prontitud , con que se hinchan y crecen las olas : y otros , con la celeridad con que estas se abaxan , se ven menguar hasta desparecer á la vista. Las maderas de todos estos buques grandes parecen tener una especie de fortísima atraccion y repulsion , que alguno de los físicos mas modernos se ha figurado ser propiedades de toda materia ; pues los buques que crecen en grandeza y se engrandecen atrayendo á sí , y uniendo con ellos las maderas de otros ; que con la repulsion han deshecho y despedazado. La atraccion en los bastimentos se aumenta á proporcion que crece su grandeza : esta es como la sed de los hidrópicos que crece con beber agua , y es como la avaricia , á la que todo falta. Los navegantes de estos bastimentos quieren mas estar hambrientos con la abundancia , que satisfechos con la mediania. Con razon dixo un filósofo (1) : *desunt inopie multa, avaritia omnia : in nullum avarus bonus est , in se pessimus.*

Aunque el carácter de la mayor parte de los bastimentos grandes corresponde al que se ha descrito , no obstante , algunos de ellos hay , que se engrandecen justamente con el destroz que hacen en las

(1) Séneca, epist. 108.

barcas de los piratas , para castigar los delitos de estos , y para hacer respetable la justicia.

Sigamos la consideracion de los bastimentos grandes que ántes observábamos : he aquí uno á nuestra vista : acérquemonos á él para observarle mejor. Miradle coronado de porteros y centinelas , que á primera vista parecen ser guardías , que puso la prudencia de los navegantes , los cuales conociendo el continuo peligro de naufragar , por causa de ser el mar proceloso , y tan frágil el leño en que navegan , le coronaron de centinelas , que previendo el peligro , evitasen el naufragio. Este debia ser el empleo de las centinelas , y el fin de su destino: mas este se dirige para impedir que ninguno se acerque al bastimento , y no pueda ver lo que en él pasa. De este modo se obra en él con mayor secreto, libertad y malicia : por lo que la institucion de tales centinelas , que el mundo político publica ser parto de la prudencia , lo es de la astucia maliciosa.

Hemos contemplado por de fuera las barcas grandes y pequeñas : pasemos con la consideracion dentro de ellas. ¿Qué vemos? ¿Por ventura vemos en ellas hombres que conocen los peligros del mar que surcan ; que consideran la fragilidad del leño en que navegan ; que temen el naufragio á que las tempestades y escollos los exponen ; que observan el cielo para no perder de vista el norte á que deben mirar ; que tienen en la mano la carta , que les enseña á seguir el verdadero rumbo ? Nada de esto vemos. La nave vemos que está sin gobernalle : toda la tripulacion , á exemplo del capitan , come , bebe , duerme , se divierte , y pasa toda la vida en ocio , alegría y regocijo. Si alguno se asoma para observar atentamente lo furioso de la tempestad ó el peligro de los escollos , y empieza á dar señas de temer el naufragio,

luego es arrojado de la barca y sepultado en las olas ; para que no tenga tiempo de inspirar temor en la tripulacion. Toda la valentia de esta consiste en mostrarse insensible al temor justo de los peligros , y en despreciarlos. Tal es el estado , y la conducta interior de los navegantes , ó de los hombres que en esta vida mortal viven sin el gobernalle de la razon.

Esta no falta ni puede faltar al hombre , porque es esencialmente racional ; mas su presencia le es peor que su ausencia quando está preocupada : pues entónces le dirige al vicio y á la falsedad , teniendo á esta por verdad , y á aquel por virtud. La falta total de razon en el hombre produciria lo que causa la total ignorancia , la qual es mejor que la preocupacion : porque el ignorante no es virtuoso , y el preocupado es vicioso. Para que el hombre conozca vivamente , y ame la virtud y la verdad , no le basta ser instruido en las ciencias y en la religion santa del christianismo , que divinamente las enseña , si no procura rectificar su razon y alejarla de todo error : pues si da lugar á la preocupacion , su razon , aunque instruida en las ciencias , y divinamente iluminada con la doctrina de la santa religion christiana , le propondrá lo falso por verdadero , y lo malo por bueno. Es no ménos universal que tiránico el imperio de las preocupaciones en los hombres , como se hará ver en los siguientes discursos , en los que se presentará á la razon humana el mal que debe evitar , así como en los antecedentes discursos de esta historia de la vida del hombre , se le propuso el bien que debe hacer.